

ANIVERSARIO 71^o
DE
LA INDEPENDENCIA.

FIESTA ESCOLAR

DEL 29 DE JULIO DE 1892.



LIMA
IMPRESA DE J. FRANCISCO SOLIS
Plazuela de Santo Tomás N. 255.

1892

ANIVERSARIO 71^o

DE

LA INDEPENDENCIA.

FIESTA ESCOLAR.

DEL 29 DE JULIO DE 1892.



LIMA.

IMPRESA DE J. FRANCISCO SOLIS

Plazuela de Santo Tomás N. 255.

1892

PE 3156



*Al Excmo. Sr. Don Pedro Meira
Balbuena Maffra
P. D. Montesinos*

Discurso pronunciado en el Palacio de la Exposición por el señor Inspector de Instrucción del H. Concejo Provincial de esta Capital, Dr. D. José Domingo Montesinos, con motivo de la fiesta escolar del 29 de Julio de 1892.

Excmo. Señor: — Señor Alcalde:

Señores:



LOS sentimientos nobles producen grandes acciones; y los unos y las otras templan y elevan el espíritu á veces á tanta altura, que en ella ya no es posible admitir sino lo grande y noble.

Es que los efectos deben ser como sus causas; y es tambien que, en la unidad que predomina en el Universo, la misma ley que impone nivel á las aguas, impone dignidad y elevación á los hombres.

En semejante estado, todo debe contribuir á mantener ese alto grado; y lo que lo desvíe ó contrarie, seria un error ó un renuncio deplorable.

Con estas convicciones, en un dia tan clásico, como el de hoy, y ante un concurso tan ilustra-

do y selecto como el que se digna oirme, ya se puede juzgar lo muy difícil que es usar bien de la palabra.

Afortunadamente, el objeto que nos reúne se presta para todo; y el mismo temor en que abundo de no atinar á agradar, cautelará mis palabras, y me llevará lealmente al cumplimiento de mi deber.

**

En 1874 mandaba la República el Excmo. señor D. Manuel Pardo; y en ese año se estableció la fiesta escolar que estamos celebrando.

No hay que olvidar al hombre, ni el año, ni la fiesta, porque deslindará épocas muy distintas en nuestra historia.

¿ En qué consiste esta fiesta ?

Ya lo sabéis:—Es la reunión de todos los niños de las escuelas de esta Capital, para que los mas aprovechados, los más contraídos y los más exactos en el cumplimiento de sus obligaciones, reciban los premios que merecen.

Es, pues, un homenaje al talento, una recompensa al trabajo y un premio á la moralidad y buena conducta.

¡ Qué elementos tan sólidos para la sociedad !
¡ qué fundamentos tan firmes para la familia ! y
qué recursos tan poderosos para el porvenir de la Patria !

La fiesta es de los niños; pero tras de los hijos vienen los padres, y tras de unos y otros venimos todos á refrescar nuestra alma con su alegría, á inundarnos de gozo con su belleza, á suavizar nuestro carácter con su inocencia, y á

oxigenar nuestra sangre y vivificar nuestro espíritu con su exuberancia, con su sencillez y con sus atractivos.

¡Hé aquí la fiesta!

La madre goza con las gracias del rostro del hijo, y el padre con su expresión.

La una busca el hoyuelo ó la sonrisa del niño, y el otro se fija en su mirada.

Es el amor de los padres, sin el cual los umbrales de la vida serían los de la desgracia: amor sublime por abnegado, magnánimo por generoso, é incomparable por constante.

Es el amor puesto por la naturaleza como el manantial de los amores y como el modelo de ellos: y en tal manera, que suben en grandeza, á medida que se le parecen.

La madre dará con gusto los ojos para realzar la hermosura de su hija: y en cuanto al padre, sin trepidar cederá su habilidad y su fuerza para pasarlas á su hijo, porque estos nobles amores, si no dan ni sirven, creerían que no existen, y buscan y se honran con la abnegación y con el sacrificio.

Y sin embargo de tanta cualidad en el amor de los padres, aún hay en su abnegación algo de reconcentrado y personal; porque puesto que los hijos son los que suceden á los padres y los que los representan; ese amor se compone de parte del yo de hoy y parte del de mañana, vinculado por la generación y reconcentrado por la familia.

Mientras tanto ¡oh patria nuestra! tu amor no es tan palpable, pero sí más ámplio y elevado. No ves las gracias del niño, pero sí la efec-

tividad de sus derechos, y consultas la futura suerte del ciudadano, y quieres su instrucción, su salud, su vigor y su utilidad, de modo que pueda sostenerse y servirse y también ser útil á sus conciudadanos.

«Uno en todos y todos para uno.»

Hé aquí la grandeza, hé aquí la sublimidad del amor de la patria.

El manantial va al arroyo, el arroyo al río y el río al mar.

El individuo vá á la familia, la familia al pueblo, el pueblo á la patria.

El mar absorbiendo todas las aguas, la patria absorbiendo todos los sentimientos.

Del mar se levantan las nubes para regar y fecundar la tierra; y de la patria la fraternidad y la igualdad inspiradas por la justicia, para dominar todos los intereses.

Hé aquí el patriotismo.

Esta es ley de la naturaleza y ley de la sociedad.

**

Pero se dirá, que eso de repartir premios es contemporáneo de la justicia y pertenece á todos los siglos: y esto de querer á los niños y entusiasmarse con ellos, es innato en todos y sube á nuestros primeros padres y se extiende á todos los animales, sin exceptuar á las fieras.

¡Cierto! y no puede haber novedad y mérito en ello. Pero sí lo háy y muy grande en haber vinculado esa justicia y ese amor á los niños

con el día clásico de la patria y con el recuerdo de los fundadores de su independencia.

Esto es poner al niño en presencia del héroe, para que se familiarice con él y se asimile á él; es infundirle sus virtudes, y no por una transfusión que degenera y se extinga, sino por medio de un triunfo escolar de imperecedero recuerdo por la edad, por el sitio, por el premio y por los incesantes beneficios que produce.

Hé aquí la fiesta y sus consecuencias para el porvenir!

* *

Ahora, señores, deslindando épocas.

¡Oid, oid algo del pasado!

Hasta hace poco, para festejar los aniversarios de la independencia, se buscaba un árbol; y encontrado, se le arrancaba occisivamente de raíz y se le llevaba arrastrando con música por caminos y calles, para ponerlo de pié en la plaza de armas y cantarle en todo tono:

¡Viva el árbol de la libertad!

¡Qué árbol tan simbólico! y

¡Qué símbolo tan fatídico, y sin embargo tan lleno de realidad!

Tomad el pulso à ese culto del árbol malhadado.

Se le cultiva primero, se le mata y arrastra en seguida, y se le viva después.

Es lo que se ha hecho con la libertad, y lo que se ha hecho con la Constitución siempre proclamada y siempre ultrajada y muerta en sus garantías.

Es algo del sacrílego homenaje de los judíos al salvador del mundo,

¡Salve, rey de los judíos! y le escupían y abofeteaban el rostro los hijos de esa nación desgraciada, en las vísperas de perder su nacionalidad; porque ese menosprecio de la virtud, fruto forzoso de la corrupción y del vicio, es el precursor de la desgracia en las personas, en las familias y en la patria!

Por esto hemos visto sacar de sus hogares á los hombres con violencia, y también tomarlos á lazo en las calles.

Hemos visto arrebatar la propiedad y perseguir de muerte al propietario.

Hemos visto.....

Basta, señores.....

Ni el imperio de los Incas, ni el Gobierno de los españoles pudieron preparar el advenimiento de la República; y cuando la civilización y las costumbres no han puesto las bases de ésta, su establecimiento es un prolongado martirio hasta que la igualdad sea una convicción, la libertad un derecho, y sobre todo, el Gobierno propio de las localidades un hábito verdadero.

Porque no basta que se nos diga que tenemos garantías, sino que es necesario poseerlas con la convicción de que son nuestras por derecho propio, y de que son grandes crímenes los atentados contra ellas.

Sí, lo son en efecto: y si los he recordado en este día de tanto regocijo, no es acusando ni echando sombras sobre nadie, sino mostrando el mal y sus consecuencias, en este segundo

período de garantida tranquilidad, bajo el mando supremo de un honorabilísimo ciudadano, para que el juicio sobre el turbio pasado, ratifique la paz en que nos encontramos.

Así es como los padres, familia y amigos del enfermo hablan á éste en la convalecencia del mal y de sus consecuencias, para que evite la recaída.

Dejemos, pues, á los que errando ó dañando y siempre delinquiendo cometieron esos atentados y rompieron con ellos los vínculos entre las autoridades y el ciudadano, entre los naturales y la patria.

Más aun, perdonémoslos; son los delincuentes de ayer, los reos de hoy y los responsables de nuestros males ante las futuras generaciones; y si no se les ha condenado, tienen que pasar de reos á la posteridad, arrastrando á sus contemporáneos.

Hubo un tiempo en que esos atentados se cometían, y no por uno, sino por muchos, y á presencia de todos, en obsequio de la Constitución y de las leyes que invocaban. Eran prácticas del antiguo régimen.

Afortunadamente esos tiempos pasaron y ya no volverán, por honra del país y del siglo, al menos en esas formas tan rudas hasta para los hombres vulgares, tan repugnantes é indignas para el hombre civilizado.

**

La escuela ha ganado mucho terreno y vivificado el espíritu por la instrucción, los pueblos

sólo reconocen y acatan la razón y la justicia como principio y la libertad como medio.

La razón que alumbra la verdad, la moral que ilumina la justicia, la justicia que cimenta el derecho y la libertad que desembaraza la acción para guiarnos al bien.

Ante estos poderes todo lo que ellos no sean es insostenible, y si algo contrario apareciese, sólo tardaría el tiempo preciso para disolverse, cualesquiera que fuesen los elementos con que contase.

¿Quién contra la verdad?

¿Quién ni qué contra la justicia?

«Pega, pero escucha,» dijo Temístocles á Euribiades, en uno de esos momentos felices en que se tiene la fortuna de encontrar una verdad ó pronunciar una máxima para todos los siglos. Era que discutían los jefes griegos sobre los medios de salvar su patria y en lo más acalorado de la disputa, Euribiades el espartano levantó su bastón contra Temístocles el ateniense y—«pega,» le dijo, «pero escucha.»

Euribiades era el jefe y escuchó y se hizo lo que Temístocles decía.

Hé aquí la fuerza incontrastable de la razón.

Hé aquí el homenaje á la razón entre los grandes hombres de la culta Grecia, merecidamente célebre, porque supo forjar á sus hombres en la fragua de sus dioses, honrándolos cuando lo merecían ó sacrificándolos, cuando eran delincuentes, para el mejor servicio de su patria.

«Si he hablado mal» dijo Jesucristo á un mi-

nistro de Caifás, que le dió una bofetada:—«si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿porqué me hieres?»

Vé aquí á la razón confundiendo y á la justicia dominando.

El acusado sufre y pasa á juez por el ultraje y condena al ministro, al Pontífice y á todos.

Es el poder sobrehumano de la justicia.

Así pasan las víctimas á jueces de sus perseguidores; y mientras no se destruya la naturaleza humana, haciendo que el cuerpo sea superior al espíritu, la gerarquía del hombre estará en proporción de su moral y de su inteligencia, cualquiera que sea la posición, el lugar y la persona en que se encuentre, pues por mucho que se embalsame un cadáver, siempre repugna; y por mucho que se cubra al sol, siempre alumbra.

Por consiguiente, con más moralidad, y más inteligencia se sube y se baja con menos, y por lo mismo, donde quiera que esté el más, allí están la superioridad y el mérito; y donde quiera que esté el menos, allí está la declinación y de mérito en escala descendente, hasta extinguir la razón.

Dura es la consecuencia, pero la verdad muy consoladora.

El hombre sube ó baja según su conducta, y de este modo la dignificación del hombre está en sus manos.

Por esto, los radicalmente buenos, antes se dejan matar que faltar á sus obligaciones, y esos leales y pundonorosos cumplidores del deber, llámense héroes ó santos, desprecian los peligros

y sonrien en el tormento, á impulsos del amor á la verdad y del horror al vicio.

Dan testimonio de la verdad—sirven á la virtud y la sirven con honor y con valor; pues el valor no es más—que el predominio del deber sobre el peligro—y el honor—la dignidad y firmeza en sostenerlo.

Hay, pues, necesidad de instruir, moralizar y dignificar al ciudadano, para tener dignos defensores de la patria.

Desgraciadamente contra estas verdades fundamentales de la buena sociedad hemos visto subir, adquirir y dominar por medio de las faltas, abusos y atentados; el mal creciendo é infiltrándose en las costumbres y hasta en las ideas, que es el más calamitoso de los males, porque con el error, impasiblemente se hace el mal.

Pero es ya tiempo de que los que nacieron para el trabajo y han vivido y viven por él—los que se inspiran en los elevados sentimientos de la patria clamen porque vengan á nosotros, Dios, Patria y Libertad.

La virtud es la base de la República.

Así lo enseñaba Platon y así lo han enseñado los sabios de todos los tiempos; y así debe ser, porque es el gobierno de la igualdad, y ésta no puede obtenerse sino por la virtud, ante la cual no hay cantidad ni personas, sino calidad y ley.

No separemos al autor de su obra, porque el efecto clama por su causa.

La luz del día anuncia al sol—el calor revela el fuego,—y la conciencia á Dios.

¡La conciencia! ¡Qué palabra! dirán algunos.

Nó, señores—qué realidad, y que realidad tan íntima, tan necesaria y tan bella; no solo porque es nuestro refugio, sino porque siendo la plancha en que está escrito nuestro deber, tenemos en ella el más fiel de los espejos, y nos vemos y volvemos á ver hasta corregirnos y depurarnos para derivar del cumplimiento exacto de nuestro deber toda nuestra fuerza y dignidad y nuestra verdadera felicidad.

Esta es la grandeza, ésta la moralidad y soberanía del hombre, colocada muy por encima de todo ódio y de toda opresión y violencia.

**

A abstráyendo hechos, como quien desgaja ramas para reconocer las cumbres, los cantos de la fiesta escolar del último año, han venido á confundirse con los de la presente.

¿Qué nos dicen esos cantos?

Que seamos libres y que lo seamos siempre.

Y nos conmueven y entusiasman, porque es el himno con que el Perú inauguró su independencia, y recordando su pasada esclavitud, juró la libertad para siempre.

Pero la libertad existe donde la razón y la justicia imperan y como ha sido muy turbio nuestro pasado, para que haya sido de ese imperio veamos:

¿Qué es la libertad?

No entremos en mucha filosofía.

Tenemos que cumplir un destino y son indispensables los medios. Ni son de fuerza ni únicos, y teniendo que elegir, á la elección espon-

tánea de estos medios, á ese camino propio, con elección é impulso propio, es á lo que llamamos libertad.

No podemos elegir fin porque este nos ha sido impuesto, y debiendo llegar á él, en esa elección de medios, por cuenta propia, estraña á todo impulso ageno, en esa elección está la libertad.

La libertad es pues altamente benéfica y esencialmente moralizadora.

Debe llevarnos al cumplimiento de nuestro destino por medio del bien, y todo lo que nos aparte advertidamente de esta senda, no es propio de la libertad. Por esto Rousseau decía con profunda sabiduría: «Soy esclavo por mis vicios y libre por mis remordimientos.»

¿Qué mérito tiene la piedra al caer?

¿Qué libertad tiene el fuego al quemar?

Y ¿qué libertad ni que mérito tiene el corazón al latir?

Ninguno.

No hay un yo conociendo, un yo deliberando y juzgando, y un yo espontáneamente ejecutando su destino.

Es pues la nave que vá al puerto en plenitud de acción, pero con su brújula y su destino.

De aquí salta con evidencia que nadie puede juzgarse libre para faltar á sus obligaciones—que es criminal dañar á otro—y una insensatez dañarse á sí mismo; y como los delitos se agravan con las circunstancias, si es un crimen dañarse entre particulares, cuando el que daña ejerce autoridad, ese daño sube al crimen califi-

cado y deja eterna responsabilidad en el que lo comete.

¡Niños!

Como la libertad no siempre es bien entendida:

¡Oidme, oidme!

Cuando vuestro maestro os señala la lección, sois libres para aprenderla, donde y como queráis; pero no sois libres para desobedecer á vuestro maestro y faltarle con la lección.

Y así es en todo.

No hay libertad para faltar á un deber, sino para escojer el mejor modo de cumplirlo.

**

La época es feliz para la instrucción y todo propende á su adelanto.

Los alumnos de las escuelas municipales en el presente año suben á 5187, y los del pasado fueron 4817; hay en favor de este año 370.

Los de la enseñanza particular en el presente año, 6862 y los del pasado 6679.—Hay 183 á favor de este año.

Circunstancias independientes de nuestra esfera de acción han retardado la realización de los proyectos que constan en la Memoria del Ramo, no solo como fruto de mi buena voluntad sino de trabajos sérios de personas competentes que han merecido aprobación y aplauso.

Habría ido mas adelante en trabajos de este carácter; pero, señores, á la persona que no ha terminado una labor, no es cuerdo agregarle otras.

De otro lado, el H. Concejo en la instrucción primaia no tiene ni debe tener otra misión que

la de inspeccionarla, para que abunde proveyéndola de cuanto necesite su perfección y desarrollo.

Es el dueño de casa que debe tenerla desahogada, aseada y abastecida.

Es el padre que debe procurar que todos sus hijos tengan esa instrucción indispensable para la vida y sus necesidades en todas las escalas de la sociedad, preparándolos para la realidad y no para las fantasías.

Que hayan buenas casas para las escuelas; y esto reclama la higiene,

Que estén bien provistas de libros, mapas, útiles y cuanto necesite la enseñanza; y esto pide el verdadero progreso, porque como el gas eliminó las velas y el aceite; y como la electricidad va echando á un lado cuantos medios le han precedido: la pedagogía viene sepultando la antigua escuela.

Antes, la memoria era el todo; y el discípulo, el paciente niño que recibía en sus primeros años la doctrina de los últimos de sus padres y de sus antepasados, sin que este anacronismo y esta confusión lamentable de las personas y el embargamiento de las facultades del niño que debía recibir y aprender cuanto á martillo y á voz de pregón se le quería enseñar, se les hiciera conocer su error.

En el día no sucede esto y la memoria no es el libro que ha de contener letra á letra lo que en ella se ha escrito; sino el auxiliar del entendimiento que ha de proveerle de ideas, doctrinas, hechos, materia, forma, modo, tiempo y práctica de cuanto el discípulo ha adquirido, pa-

ra explicar con lenguaje propio, naturalmente menos correcto, pero con mas lógica y utilidad, lo que se le ha enseñado.

En el día, el niño es productor, y no el pasivo explicador de lo que sabe, es decir, el material repetidor de lo que se ha confiado á su memoria.

La pedagogía es una ciencia de vital importancia, como que es la maestra de los maestros, y es un error creer que á cualquiera que sepa leer y escribir se puede confiar la dirección de las escuelas.

Al fin, en esta materia, el gran talento consisten imitar á la naturaleza.

¿Veís como las madres enseñan á sus pequeños hijos?

Pues este es el mejor de los sistemas para enseñar, y la ciencia moderna no ha ido más adelante en su métodos.

El hijo inicia sus pasos y la madre es su auxiliar.—Lo mismo hace el maestro enseñando al alumno lo más rudimental para que aprenda, haga y produzca.

Al sonido simple sigue el compuesto, á la letra sigue la palabra, á la palabra el discurso hablado ó escrito, tratándolo en sus últimos análisis y en su más práctica aplicación, para que entienda lo que dice y explique lo que entienda; de manera que alegra oír una lección de la escuela moderna, notando que en ella ya no son los castigados y fatigados discípulos los que aprenden, sino los curiosos y contentos niños los que se están instruyendo.

En los desiertos hay sus oasis—en la sociedad sus goces y en toda ocupación y estado ciertos desahogos, y tales hechos, que si no bastan y sobran para compensar sus asperezas y contrariedades, son suficientes para atraer y cautivar.

Hé aquí lo que me sucede siempre que estoy con estos niños, y hé aquí lo que me ha sucedido y de lo que he gozado con los trabajos de la Sociedad Libre de Preceptores fundada en esta Capital en 1885.

Un grupo de corazones de distintas edades, pero ardientes como el metal en fusión, sintieron la necesidad de enseñar y servir á su país, y la noble y santa inspiración tomó forma en la Sociedad de Preceptores,

Se principió por una escuela nocturna, y como el amor atrae al amor y el bien al bien, á ella acudieron alumnos que llenaron sus salones.

¡Feliz hora la de la inspiración y más felices aun las de la aceptación y del concurso!

No bastó una escuela y se fundó otra dominical, no fué suficiente ésta y le siguió otra: no han bastado estas y el 11 del próximo Junio se estableció otra escuela nocturna: la cuarta fundada por la Sociedad—y en el acto de la inauguración se inició la idea para otra y otras, porque ¡gracias á Dios! la juventud es noble, generosa y entusiasta y sólo necesita constancia para conseguir cuanto desea.

Los datos de la Sociedad suben á cerca de 5,000 alumnos que han recibido instrucción en las escuelas: son 5,000 artesanos y gente proletaria que no pudiendo ir en el día, destinado al

pan del cuerpo, acudían en la noche y en los días de fiesta á recibir el sustento y luz del espíritu.

Esas escuelas son gratuitas—y el gozo del que dá y la gratitud del que recibe son la recíproca remuneración de su nobilísimo trabajo.

¡Jóvenes de la Universidad, jóvenes de todas las carreras—avanzad!!—La escuela es vuestra glorificación, vuestro vínculo con Dios, con la humanidad y con la patria!!

¡Quién no os querrá y tenderá los brazos viendooos ocupados en tan digna y benéfica tarea?

Acudid, pues, á las escuelas.

¡Oh! los pobres son los hijos de Dios y sus corazones más generosos que las tierras vírgenes del Amazonas!

Cuando Simeon tuvo en sus brazos al Niño Divino de Belén, reconociendo al Mesías, en sentida plegaria dijo á Jehova: ya mis ojos han visto al Salvador.

No en esa escala divina, nó, pero sí en el camino de la regeneración y del progreso, cuando, con motivo de haber sido el padrino de esa cuarta escuela, ví y estuve en el seno de esa juventud ardiente, fervorosa y entusiasta, puesta gratuitamente al servicio del país, no he podido menos que dar gracias á la Providencia por haber inspirado tanto á esa buena gente.

Hace pocos días que el ilustrado Decano del Colegio de Abogados de esta Capital, deploraba la falta de corazón.

¡Oh! Señor Doctor Cisneros—Consolaos, con-

solémonos, que aun hay corazones abnegados y tan repletos de entusiasmo, que son capaces de fundir el pedernal y de allanar los Andes!

Pero necesitan preparación para que tengan constancia, subordinación para que no falte obediencia y buenos directores y modelos para que no les falte fé.

Con estas dotes ellos regenerarán nuestro pueblo y sostendrán nuestra honra.

Justo era que el Honorable Concejo saliese al encuentro de esa nobilísima Sociedad de Preceptores y como asignó para la primera escuela nocturna, S. 60 al mes, para su alumbrado y arriendo, se propone hoy estender y hacer lo mismo con las demás que se establezcan.

Entre los libros de la Inspección, he ordenado se lleve uno especial en que se asienten los antecedentes de esta asociación y todos los actos y labores de ella con la firma autógrafa de los directores y profesores.

En las tareas de honor, el honor para todo.

**

He vivido lo bastante para poder apreciar la situación de mi patria. Y hay que dar la voz de alarma, porque vamos mal.

Y vamos mal, no porque nos faltan campos, ni semillas, ni trigo; sino porque nos faltan trabajadores; y no porque nos falta industria sino porque nos faltan capitales; y no porque nos faltan negocios, sino porque nos falta fé y confianza en los contratantes; y no porque nos faltan garantías, sino porque falta justicia: y no porque nos faltan jueces que los tenemos y muy bue-

nos en la República, sino porque falta la gran justicia, la justicia social, que es la justicia por excelencia, por cuanto es la llamada á poner á cada una en su lugar; y cuando castiga, castiga como la peste, sofoca como el fuego, ahoga como el mar y sigue y persigue como el remordimiento y el insomnio.

Falta justicia social; y nada nos basta á explicar porque hay censura para los jueces y autoridades, cuando la sociedad conserva siempre el mismo aprecio y no castiga ni persigue á los delincuentes públicos, siquiera negándoles su confianza, para que no se burlen de su moral y de sus leyes.

De la sociedad sale todo; y si ésta no tiene justicia ¿por qué la espera?

No hay justicia social y por cualquier contrariedad, la irreflexiva impaciencia todo lo quiere obtener por medio de cambios violentos, como si lo que sucede hoy no fuera el resultado lógico del pasado.

No hay justicia social; y nuestra vida pasará á ser como la de las selvas, en las cuales basta el hambre ó el fastidio del leon para que se derrame el terror por todas partes.

Por fortuna la sociedad prevenida se agrupa y de todas partes se siente la voz de:

Señores! Nadie sobre nuestras autoridades!

¡Nadie sobre nuestra Constitución!

¡Y nadie y nada contra la tranquilidad de la República!

Felizmente, donde termina la fuerza y justicia individual, viene la de la sociedad, y donde falta

ésta, viene la moral, viene la conciencia, la inexorable conciencia que sube en voz y en castigo, en proporción al delito, sin tregua y sin asilo.

Prodigios de la naturaleza, arcanos de la Providencia para corregir á los hombres; arcanos á los cuales apenas se acerca uno por el estudio, por la reconcentración y por el silencio, porque las cumbres de la verdad y de la virtud también tienen su veta y son muy difíciles de subir.

Se ha dado en vincular la paz y prosperidad pública á determinadas personas, convirtiéndolas en necesarias.

¡Necesarias! y ¿por qué?

Napoleón el Grande decía que era enfermedad de los reyes el creerse necesarios.

Error funesto que á fuerza de repetirse acaba por perturbar de tal modo que se juzga como de dominio propio lo que pertenece al Estado.

¡Necesarios! y ¿por qué?

Si han hecho algo, por bueno que sea, habrá sido de su deber, y el lleno de éste no vá hasta confundir las personas con la República y sus altos intereses.

Homenaje al mérito,—premio y acatamiento á él—sea—pero imposición por la fuerza—¡jamás!

El mérito verdadero, es siempre modesto, porque como el pudor realza la hermosura, la modestia realza la dignidad y el mérito.

Pesa sobre todos la obligación de devolver á la sociedad lo que de ella hemos recibido; y es lo más notable que tenemos.

Posición, honores, ciencias, gusto, goces, todo es suyo, y en tal manera, que sin ella no lo querríamos tener.

Hasta un jardín, sin personas á quien ofrecer las flores, sería un vacío, un sustento sin sustancia, un cuadro sin realidad.

Porque hemos nacido los unos para los otros; y en esta ley de recíproca atracción, todos tenemos que servirnos y agradarnos en proporción de lo que somos.

Grandes de la tierra, grandes teneis que ser en vuestros pagos.

Dar lo mismo que se recibe, es propio de tierras débiles y esquilgadas.

Y eso de no devolver lo que se recibe y de no pagar lo que se debe, si es por desgracia, excita la compasión; y si por otras causas, decapita al grande y puede llevarlo hasta el estado de Lázaro al salir del sepulcro.

**

¡Digno Jefe del Estado!

La estimación que se os tiene en la República es el premio que mereceis por vuestra comprobada honorabilidad—y será muy peligroso no continuarla en adelante.

Así debe venir la moralidad—de la cumbre á la llanura, y de la llanura al valle—del Jefe Supremo de la Nación á toda ella, para llevarla y abundarla donde convenga.

Quien quiere obediencia á la ley empieza por cumplirla, porque la verdadera autoridad es la de la buena conducta; y ni los padres esperen obediencia de sus hijos, si no les dan buen ejemplo,
¡Niños!

¡Oídmeme! ¡Oídmeme!

Con dos capitales empezáis la vida—con el de vuestras personas y con el del tiempo.

Hay que instruir y adiestrar la persona, y que utilizar el tiempo.

La instrucción es la amplitud y la facilidad para todo.

Y el tiempo es oro cuando se utiliza.

No lo perdáis.

El ocioso está siempre al borde de todo peligro.

Además, el trabajo es la pureza del corazón, la salud del cuerpo, y la ilustración y contento del alma.

Cain ofreció á Dios del desecho de sus frutos y no se le hizo caso.

Abel le presentó lo mejor de su ganado, y fué recibido con agrado.

No hagáis, pues, como Cain, llevando á la patria sólo vuestras necesidades y ambiciones.

Presentadle como Abel vuestra utilidad y desinterés, siempre lo mejor de lo mejor que produzcaís.

Esto hacen los buenos hijos con sus madres, y los buenos ciudadanos con la Patria.

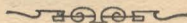
¡Niños! Acercaos á recibir vuestros premios.

Excelentísimo señor: dignaos darlos, que son en justicia.

Excelentísimo Señor.

Señores.

¡Viva el Perú!





PUCP - BIBLIOTECA
55543109841709



